

Mendes Diz, Ana María; Schwarz, Patricia K. N.

Espacialidad y sociabilidad en el marco de las relaciones de género de los jóvenes

VI Jornadas de Sociología de la UNLP

9 y 10 de diciembre de 2010

Cita sugerida:

Mendes Diz, A. M.; Schwarz, P. (2010). Espacialidad y sociabilidad en el marco de las relaciones de género de los jóvenes. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5648/ev.5648.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Espacialidad y sociabilidad en el marco de las relaciones de género de los jóvenes

Ana María Mendes Diz y Patricia K. N. Schwarz

Ana María Mendes Diz

Instituto de Investigaciones Gino Germani – CONICET

anamendesdiz@uolsinectis.com.ar

Patricia K. N. Schwarz

Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA

patriciakns@yahoo.com.ar

El objetivo de la ponencia es presentar conclusiones vinculadas a la gestión, apropiación y significación de los espacios recreativos de los jóvenes en su dimensión relacional genérica y su vinculación con la materialización normativa en los cuerpos. El trabajo forma parte de un estudio más amplio que fue realizado mediante 21 entrevistas en profundidad y 6 grupos focales con varones y mujeres de 16 a 24 años de sectores medios altos y bajos en las ciudades de Gualeguaychú (Provincia de Entre Ríos) y Junín (Provincia de Buenos Aires).

Coincidimos con Pierre Bourdieu (1991) en que la socialización se desarrolla fundamentalmente en espacios donde ocurren las relaciones sociales. En este sentido, el estudio de los circuitos de sociabilidad de los jóvenes, sus formas de agrupamiento, modos de estar juntos, y la utilización y apropiación que hacen del tiempo y del espacio cobran importancia fundamental para entender las prácticas culturales emergentes en los jóvenes (Mendes Diz et al., 2009).

La sociabilidad es definida en términos de Georg Simmel como “forma lúdica de la socialización” (2002: 82). En los estudios sobre juventudes hallamos descripciones de formas de relación entre pares y/o entre generaciones – pero mayormente entre pares–, prácticas que

se enuncian como divertidas, entretenidas, en espacios que marcan como propios o con apropiaciones señaladas en contraste con espacios más institucionalizados o con reglas sentidas como impuestas como la escuela, el trabajo y la casa.

Desde la década del sesenta hasta la actualidad se han producido transformaciones en las prácticas y los contenidos significativos vinculados a las juventudes. Estas tienen relación con una mayor escolarización en los sectores medios y altos, mayor tiempo de dependencia familiar, una prolongación de esta etapa de la vida; junto con ello se observan notables aumentos del tiempo de ocio, cambios en la ubicación social de los jóvenes, el desarrollo de discursos específicos y representaciones sobre la juventud junto a una serie de elaboraciones propias aunque influenciadas por un mercado juvenil emergente y cada vez más consolidado. A su vez, con el mayor peso de la juventud con toda su diversidad se produce en las ciudades la gestación y transformación de espacios específicos y diferenciados para el ocio de los jóvenes, lógica propia de una sociedad de consumo en vías de profundización.

Observamos que la elección de espacios para que los jóvenes desarrollen sus prácticas recreativas está permeada por la impronta de las particularidades de las ciudades de tamaño intermedio donde se realizó el estudio. Nos referimos a la escasa oferta de lugares cerrados para el consumo del tiempo de ocio y a la mayor disponibilidad, en parte producto de la organización que el Estado propone, de los espacios abiertos. Asimismo aparece el factor climático como un factor determinante, habida cuenta de que los espacios abiertos son disfrutados más plenamente en épocas estivales y la oferta de los lugares cerrados, particularmente es el caso de los boliches –de uso nocturno–, suele modificarse con el cambio de las estaciones.

A su vez, observamos que la apropiación del espacio con fines recreativos por parte de los jóvenes va de la mano de las diversas temporalidades, en lo que refiere a la polaridad día y noche y en cuanto a los días de la semana donde desarrollan con mayor frecuencia sus actividades recreativas.

Como locus de individuación, identificación y experiencia, el cuerpo divide prácticas y espacios y tiempos, el cuerpo identificando clase social, generación y sexo. El cuerpo, así, no solamente es una superficie sobre la que se plasman representaciones, sino que también contribuye a construirlas (Citro, 2009).

Concebir el cuerpo como algo construido exige reconcebir la significación de la construcción misma. Y si ciertas construcciones parecen constitutivas, es decir, si tienen ese carácter de ser

aquello sin lo cual no podríamos siquiera pensar, podemos sugerir que los cuerpos sólo surgen, sólo perduran, sólo viven dentro de las limitaciones productivas de ciertos esquemas reguladores en alto grado generizados. Tales restricciones producen los cuerpos inteligibles y el dominio de cuerpos impensables, abyectos. Estas oposiciones son parte de la inteligibilidad, es límite de la inteligibilidad es su exterior constitutivo: lo abyecto. la materialidad del sexo se construye a través de la repetición ritualizada de normas. – en un proceso de construcción que no involucra a un sujeto voluntarista que decide qué género corporizar y de qué modo. – la categoría de sexo es normativa, es lo que Foucault llamó ideal regulatorio. Este ideal se materializa por medio de prácticas reguladas, en una constante reiteración normativa. Esta reiteración es necesaria porque los cuerpos nunca obedecen enteramente a la norma, esto es consecuencia de inestabilidades que amenazan su hegemonía. Inestabilidades propias de la novedad de cada situación de interacción y del hecho de que los procesos de identificación nunca son completos (Butler, 2002).

En este trabajo analizamos las performatividades de los jóvenes estudiados en su contexto espacio temporal. Por performatividad entendemos que es una práctica individual y colectiva. Pues, es una práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce lo que nombra (Butler, 2002). La materialidad, entonces, designa cierto efecto del poder, es el poder en sus efectos formativos o constitutivos. La espacialidad es un aspecto clave en la materialización normativa, pues, tal como desarrolla Foucault (en Butler, 2002:64): el poder opera en la constitución de la materialidad misma del sujeto, en el principio que simultáneamente forma y regula al sujeto de la sujeción. Foucault se refiere no sólo a la materialidad del cuerpo del prisionero, sino también a la materialidad del cuerpo de la prisión. La materialidad de la prisión se extiende en la medida en que es un vector y un instrumento de poder.

A lo largo de este trabajo analizamos dos dimensiones diferenciadas por los jóvenes entrevistados: los espacios abiertos y los espacios cerrados. En principio abordamos los usos recreativos de los espacios abiertos: plazas, parques y costaneras. Luego, analizamos los espacios cerrados: la casa, la escuela, la facultad y los boliches nocturnos.

1. El uso recreativo de los espacios abiertos

Un primer hallazgo que cabe destacar es que ante la pregunta de cuáles son los espacios

preferidos, el término *espacio* orientó a los jóvenes a reconocer como tales los espacios naturales y al aire libre. Particularmente registran el predio de la laguna de Gómez en Junín y la Costanera del río en Gualeguaychú. También mencionan las plazas y parques localizadas en el tejido urbano de ambas ciudades.

Esta interpretación, que relaciona el término *espacio* con los espacios abiertos, se vincula con la idea de amplitud y múltiples posibilidades de uso y despliegue físico. Esto último es valorado por los jóvenes estudiados en función de las capacidades de sociabilidad que permite, en mayor grado que otros espacios de interacción, más acotados en dimensiones y más pautados respecto de las prácticas posibles. En este sentido, el valor de la libertad es reiterado en el discurso de estos jóvenes cuando dan cuenta de los motivos de preferencia respecto de algún espacio de encuentro, particularmente cuando describen los espacios abiertos y las ventajas que éstos conceden.

“Cuando estoy en mi casa la comodidad. Acá me siento libre porque me manejo libremente, sé donde está todo, tengo todo en mi lugar...Y de los otros espacios quizás también es la libertad, pero en otro sentido: poder disfrutar de mirar, de caminar, hacer deporte, jugar al fútbol, disfrutar del espacio abierto”. (Jimena, 25 años).

Puede observarse la fuerte presencia de los espacios abiertos como posibilidad de lugar de encuentro a partir de la influencia del clima en la elección de éste. Así, los jóvenes prefieren los lugares conectados con los espacios abiertos, si se trata de lugares cerrados o semi cerrados, cuando las temperaturas permiten estar al aire libre de noche, como por ejemplo en verano.

“Pasa que es un lugar cerrado, y acá los lugares cerrados en verano es como que no funcionan. Empiezan a funcionar los boliches frente al corsódromo y los que están en la costanera, pero los que están en el centro ya no tienen tanta demanda.” (Saúl, 21 años).

El contexto del carnaval resulta paradigmático respecto de las libertades concedidas por el espacio abierto. En ese caso en particular, en un contexto de acordado trastocamiento de códigos de interacción.

“Pasa que es diferente... el carnaval es como el fútbol, el carnaval es una pasión. Entonces cuando vos vas ahí y soltás todo, en cambio en el boliche si no estás un poco mamadito no bailás. Yo por ejemplo en el carnaval no tomo y es algo totalmente diferente, cuando te ponés el traje ya estás con la adrenalina a full”. (Omar, 23 años).

El carnaval establece nuevas temporalidades, rompe las lógicas cotidianas y yuxtapone en el mismo nivel de jerarquía lo prohibido y lo permitido. Desarticula las estructuras instituidas creando confusión y desorden. Este estado de cosas genera incertidumbre en los jóvenes y la hostilidad consecuente al temor que lo desconocido y el desorden producen en cosmovisiones altamente pautadas. La lógica del carnaval no es la lógica de la ciencia y la seriedad, cuantitativa y causal, del verdadero o falso, sino la lógica cualitativa de la ambivalencia, en la que el actor es también espectador, la destrucción deja paso a la creatividad y la muerte equivale a renacer. La lógica del carnaval -la lógica de la ambivalencia- no se reduce a la limitación de oposiciones binarias que establecen límites, sino que equivale al poder del continuo (positivo y negativo) (Bajtin, (1974/1987).

La libertad aludida, entonces, refiere a un código de experiencia, donde el cuerpo es sujeto y objeto, pues, percibe y es percibido, así, constituye un modo de ser que es fundador del ser de modo integral (Citro, 2009).

La laguna de Gómez y la costanera del río

Respecto de las transformaciones urbanas que suponen una transición de los espacios públicos y privados inespecíficos a espacios diseñados específicamente para actividades recreativas entre jóvenes, hemos encontrado la permanencia de espacios al aire libre donde se da el encuentro intergeneracional, como es el caso de la costanera en Gualeguaychú y el predio de la laguna en Junín. Estos son los lugares que han sido transitados por los jóvenes desde la infancia:

“De cuando era chiquito ya iba, mis padres me llevaban” (Pablo, 20 años).

Sin embargo, cabe aclarar que en muchos casos no ocurre un encuentro pleno entre generaciones, dado que el uso del espacio y de los tiempos suele ser diverso:

“Lo que pasa es que se dividen: contra el río hay una calle de tierra donde se juntan los jóvenes, y después está el asfalto a la vuelta del velódromo que es donde se juntan más las familias. Pero igual se mezcla bastante” (Pablo, 20 años)

“Los domingos de las 3 de la tarde hasta las 7-8 se junta mucha gente, familias, en el parque, sobre todo chicos” (grupo de jóvenes).

Los jóvenes reconocen estos espacios al aire libre como lugares de encuentro con sus pares:

“Te encontrás con gente, también podés conocer gente nueva y gente que ya conocés, así que te vas armando de tu grupo, te vas relacionando con otras personas pero siempre estás con tu grupo” (Nacho, 20 años).

El grupo de pares es parámetro de construcción significativa. Los espacios que eligen para sus encuentros son aquellos que permiten una vinculación extensa y libre de interacción, donde ellos perciban que tienen la libertad de determinar los códigos de interacción sin restricciones de los adultos. Es interesante destacar que, si bien el mercado no se manifiesta tan explícitamente como los adultos respecto del control sobre las conductas de los jóvenes, éstos lo perciben aludiendo a los espacios abiertos como de mayor libertad, son menos pautados de manera más extensa, no están tan presentes las restricciones de los padres ni las del mercado.

Las salidas a la laguna y a la costanera son generalmente los domingos y durante el día, aunque en verano suelen concurrir grupos de jóvenes también a la noche.

En términos generales, las salidas diurnas de los domingos a espacios al aire libre para muchos jóvenes connotan descanso y tranquilidad (Schwarz y Mendes Diz, 2010):

“Es, más que nada después del viernes y sábado que saliste, para descansar en el parque, el cuerpo lo pide” (grupo de jóvenes).

Los espacios al aire libre y las prácticas deportivas: el club

El club y los espacios abiertos donde se pueden realizar actividades deportivas también convocan a los jóvenes de ambos sexos, aunque a los varones en particular:

“Después del entrenamiento tomamos una coca o algo, me gusta la gente, tengo amigas en el club” (María José, 19)

“El club, el deporte, juego mucho al fútbol. Le dediqué toda mi vida al fútbol” (Pablo, 19 años)

“Ir a hacer algo al club, algo deportivo, eso es muy positivo para mi cuerpo...” (Ezequiel, 19 años)

Tal como desarrollamos al inicio de este trabajo, el cuerpo se vuelve un efecto del poder. En el contexto de la ideología androcéntrica propia de nuestra cultura y de las relaciones de poder intergénero, el dominio sobre la dimensión física de existencia le pertenece al sujeto legítimo: el varón.

En las prácticas deportivas los jóvenes tienen muy presente su cuerpo y la necesidad de cuidarlo a la hora de realizar actividades deportivas:

“Yo practico básquet a la noche y es ahí donde siento útil a mi cuerpo. En el entrenamiento juega un papel importante el cuerpo” (Federico, 23 años)

“Trato de cuidarlo (al cuerpo) de una lesión o algo, porque después esto repercute en mi trayectoria deportiva” (Leandro, 22 años)

Cuidar del cuerpo para que siga siendo funcional para determinados objetivos, de esta manera, se vincula con la lógica propia de la Modernidad del cuerpo máquina. Un objeto ajeno a la raíz ontológica de la persona, que tiene una entidad exterior a ella y que debe recibir cuidados y una determinada administración eficaz a los fines de lograr su mayor durabilidad y mejor funcionamiento, un desempeño eficiente en la producción de experiencias (Le Breton, 1995).

Como acabamos de ver, las actividades que se pueden realizar en espacios al aire libre implican un uso mucho más intenso del cuerpo por un lado, cuando refieren a la realización de deportes; y por otro lado en lo referido a las prácticas que habilita ese espacio particular; prácticas tales como jugar a perseguirse, acostarse en el suelo, correr, gritar, permite un abanico mayor de posibilidades de usos del cuerpo que los lugares cerrados. También estos espacios son privilegiados por los jóvenes a la hora de satisfacer sus necesidades de tranquilidad, descanso y relajación. Esto ocurre particularmente durante los días domingo. En los lugares abiertos la estimulación exterior es menor, ésta debe ser creada por los mismos jóvenes, a diferencia de los lugares cerrados de encuentro más frecuente: boliches, cafés o bares nocturnos.

2. Espacios cerrados de encuentro juvenil

La casa, un lugar de encuentro

La casa remite a un viejo debate entre el espacio de lo público y lo privado. Sobre todo si lo analizamos en la dimensión de las relaciones de género. Butler y Laclau (en: Arfuch, 2002) proponen considerar la interdependencia de estos dos espacios, lo cual crea diversidad, e hibridiza a ambos como consecuencia de su encuentro. Plummer (2000) afirma, en la misma línea, que el espacio público y el privado están divididos en múltiples esferas,

jerárquicamente estratificadas y en constante conflicto, razón por la cual es deseable ponerlas en diálogo.

A partir de la Modernidad, en el imaginario social de Occidente se legitimó el modelo de proveedor único, donde un esposo-padre aporta el sustento económico y una esposa-madre realiza el mantenimiento del hogar y el cuidado de los hijos. Se trataba de un ideal, pues, sólo era realizable por los sectores de mayor capacidad económica (Wainerman, 2005). Esta división sexual del trabajo, uno de los pilares significativos de la estructura patriarcal, establece que las mujeres, además de la concepción, la gestación, el parto y la lactancia, se ocupan casi de modo exclusivo de la crianza de los niños; de este modo el espacio que le compete es el privado (Tubert, 2007). Así es que la maternidad considerada inherente a la naturaleza de la mujer, reafirma las jerarquías entre varones y mujeres y se convierte en uno de los argumentos más importantes para legitimar la división sexual del trabajo (Chodorow, 1978). La función reproductora y de crianza está fundamentalmente asociada al espacio privado y la vida en el hogar. Nuestra cultura opone la vida en el hogar a la vida pública, para las mujeres, en su planteamiento más radical esta oposición se manifiesta en: altruismo versus egoísmo. Esta tensión se traduce en una falsa oposición entre la pertenencia de la mujer al mundo doméstico y al mundo público (Schwarz, 2010).

En el marco de estos códigos, la relación entre lo público y lo privado también se puede abordar desde la necesidad de hacer al ser inteligible en términos de la localización de rutinas. Tanto la identidad como la subjetividad requieren contar con un espacio-tiempo propios. Allí donde el sujeto puede ordenar el relato y darle coherencia en el diálogo consigo mismo. Si bien la subjetividad se expresa tanto en el mundo público como en el privado y, a pesar de que los límites entre ambos son sumamente flexibles, el mundo privado permite un espacio donde la subjetividad tiene lugar con mayor protagonismo, pues necesita poner el mundo exterior entre paréntesis para que su discurso pueda enunciarse. La intimidad es parte necesaria del descubrimiento de sí y de la construcción del mundo subjetivo, incluso en la intimidad compartida con otro (el advenimiento de viviendas con habitaciones destinadas para cada miembro de la familia es un síntoma de la importancia otorgada crecientemente a la subjetividad en la Modernidad). A su vez, en lo que concierne a la identidad, la inteligibilidad frente a los demás y frente a nosotros mismos (con la mediación de instrumentos interpretativos culturales) se constituye en criterio de construcción de coherencia del relato identitario. Por ello el reconocimiento social es de suma importancia, pues, éste sólo es posible si el criterio de ficcionalización de la unidad identitaria coincide con los instrumentos

culturales compartidos. Esto establece una estrecha vinculación entre la vida privada y la pública (Martuccelli, 2007).

Es necesario aclarar aquí que la vida privada ha sido entendida en el imaginario patriarcal de modos diferentes según de quién se trate: cuando es vivido por varones se refiere al recogimiento, al margen de las obligaciones, como forma de distanciamiento del afuera para conquistar el bienestar que procura el privilegio de la reserva. Cuando es vivido por mujeres se refiere al hogar, la familia y la atención que ésta demande, al espacio donde se expresa la comunidad de afectos cuyo eje es la relación de pareja, es el ejercicio de la “privación de sí” para observar a los otros y ser observada en el cumplimiento del deber del cuidado. En esta última acepción se confunden vida privada y vida doméstica. Diferenciando estos dos términos podremos lograr un análisis más detallado de la relación incuestionada entre tareas de cuidado de los otros y espacio propio de la mujer.

La domesticidad trasciende la noción de hogar o de responsabilidades familiares. Es un comportamiento, una disposición a prestar atención y dar respuesta a las necesidades del otro. Los mandatos de género femenino instan a responder, independientemente del propio interés, a las necesidades o deseos de los demás¹ (Murillo, 1997; Astelarra, 2003). Por un lado, las tareas domésticas y de cuidado de los otros no proveen ningún tipo de reconocimiento, ni moral ni económico. Esto redundaría en un perjuicio para las mujeres, pues encubre una situación de explotación; sin mencionar el costo de oportunidad que esto implica, es decir, las posibilidades de desarrollo en diversas áreas que se pierden o se aplazan por dedicarse al trabajo doméstico. Por otro lado, la ausencia de privacidad dificulta la construcción de la propia individualidad (Murillo, 1997; Astelarra, 2003, Bubeck en Izquierdo, 2004). En cuanto a esta múltiple inserción de la mujer en estos variados espacios, Ana María Fernández (1993: 212) afirma:

Esta problemática no se agota en un conflicto de roles, sino que interpela los modos socio históricos de producción de subjetividad; interroga la relación entre la aparición de nuevas prácticas sociales y la institución de nuevas formas de subjetividad.

En los discursos de los entrevistados existen intersticios que denotan un proceso de incipiente transformación de los patrones androcéntricos heredados.

¹ Las complejas circunstancias que dieron origen a la diferenciación entre espacio privado y público no serán desarrolladas aquí. El libro de Soledad Murillo, así como el de Ana María Fernández, (ambos citados aquí) recogen una sucinta historización de estos acontecimientos, relacionándolos con los mandatos de género.

Por un lado, varones afirmando que desarrollan tareas domésticas y de cuidado de otros, actividades estereotipadamente femeninas en el imaginario androcéntrico, descritas con naturalidad en un varón. Estos intersticios propios de la vida cotidiana son interesantes para observar dónde la norma de género se transforma y se cuele su fractura.

“Este año me tocó que tengo una sobrina, hija de mi hermano que es soltero, entonces estoy con mi sobrina y después me voy a lo de mi hermana. Estoy mitad y mitad: en la casa de mi hermana hago las cosas de la casa y todo eso (limpiar...), después cuido a mi sobrina de mañana y algo de la tarde porque yo después tengo que estudiar. Y toco la guitarra, que es lo que me gusta, doy clases en mi casa y eso me distrae bastante porque es algo que me sirve a mí también”. (Saúl, 21 años).

Por otro lado, si bien en nuestros datos observamos esta división sexual del trabajo en el hecho de que la casa propia o de los amigos convoca más frecuentemente a las mujeres en cualquier momento de la semana; existe una referencia a la construcción de subjetividad cuando aluden a su preferencia, aspecto históricamente atribuido fundamentalmente a los varones en términos de una ventaja. Cabe aclarar que para que estas jóvenes puedan dedicar su tiempo a la conexión con su intimidad, las tareas domésticas están siendo realizadas por sus madres, en mayor proporción, es decir, otra mujer.

Entonces, por un lado, la casa propia es percibida como un espacio privado que responde a sus necesidades de tranquilidad, intimidad y de desarrollo de la subjetividad.

“Me gusta mi cuarto, es medio raro pero como que me gusta estar ahí, me siento protegida, tranquila...” (Vanina, 20 años)

“Me encanta estar en mi casa, mi casa es mi lugar preferido, es donde me siento bien, donde me siento cómoda, donde puedo ser yo” (Clara, 25 años)

Los consumos culturales ocupan un lugar central en la organización del tiempo libre de los jóvenes: ver televisión, internet, escuchar música, leer, ir al cine, bailar, hacer deportes, videojuegos. Se ha producido una mediatización de la cultura, esto significa que los propios medios generan rutinas, hábitos de consumo, formas de operar tecnología y discursos que se construyen desde la relación con ellos. Como consecuencia de ello, se puede apreciar un desplazamiento del consumo cultural hacia el espacio doméstico, como tendencia de las sociedades contemporáneas. La centralidad del consumo de medios de los jóvenes está

indicando que el hogar ha pasado a representar un espacio de intenso consumo simbólico y creciente convergencia de tecnologías de comunicación (Hopenhagen, 2004).

Por otro lado, la casa también refiere a un espacio y tiempo donde los jóvenes en general gestionan, preparan y se preparan para la fiesta nocturna, es el lugar privilegiado para realizar “la previa”, el espacio elegido como centro de operaciones:

“La mayoría casi siempre viene acá a mi casa. Después en el lugar que se de, pero mi casa suele ser el lugar de encuentro preferido” (Vanina, 20 años)

“Nos juntamos en casas para salir después...” (María José, 19 años)

“Vamos a mi casa o a lo e algún amigo, tomamos y después salimos...” (Juan. 18 años).

“No tenemos un lugar preferido, nos juntamos en casa y después vemos para dónde vamos” (Nadia, 19 años)

Aquí es necesario aclarar que esto se da así cuando hay buena relación con los padres, más en clase media donde se observó que los jóvenes están más controlados en todo sentido.

También, “la previa” se desarrolla en la casa porque responde a una cuestión de dinero, lograr un estado de borrachera dentro del boliche es más caro y ya mencionamos que algunos de estos jóvenes manifiesta necesitar ese estado para disfrutar y bailar en el boliche.

Habitar la casa en “la previa” también permite grados mayores de libertad, cada uno puede llegar a diferentes horas, es más flexible todo el encuadre del encuentro en una instancia que aún es compatible con la mirada de los adultos.

La casa permite hacer uso de diferentes tecnologías de comunicación y entretenimiento, pueden mirar televisión mientras conversan, usar la computadora, entre otros dispositivos.

Por último, la casa es funcional al horario de apertura de los boliches, la mayoría de ellos abren alrededor de las 2:00 hs., como un ritual de transición entre el día y la noche, en la casa se puede compartir ese tiempo de manera divertida, significativa y útil con el objetivo de no dormirse antes de salir.

Otros espacios elegidos

La facultad y a veces la escuela son espacios preferidos por las mujeres. Como hemos observado en otros estudios realizados por miembros de este equipo (Mendes Diz et al, 2009, Kornblit, Mendes Diz, et al, 2006), las mujeres valoran los estudios con mayor frecuencia que

los varones. Sin embargo, como surge de sus argumentos no es sólo el estudio lo que las convoca sino que valoran estos espacios de encuentro y de intercambio con otros jóvenes con motivaciones e intereses comunes:

“Me gusta mucho la facultad y juntarme allí con amigos” (María, 18 años).

“De la facultad me gusta que las personas que están conmigo están en la misma sintonía, vamos a lo mismo. También escuchar las historias de vida de compañeros más grandes te ayuda a aprender mucho, y eso está bueno” (Luisina, 20 años).

Este tipo de motivación para elegir habitar un espacio en particular también está presente en el discurso de los jóvenes en general con respecto a los boliches. Entendemos que, en este sentido, la espacialidad actúa como escenario que permite responder a la necesidad de sociabilidad.

Los espacios referidos a los autos y las actividades en torno a ellos convoca a los varones que eligen estos lugares como lugares de encuentro:

“Tengo un amigo que es corredor de autos y nos juntamos en el taller. Tenemos un taller que es un garage, que llevamos los autos nosotros. Entonces los viernes nos juntamos ahí y comemos algo” (Francisco, 22 años)

“Uno de los chicos tiene auto y nos pasa a buscar, vamos a dar vuelta arriba del auto y volvemos, esto es todo” (Ezequiel, 19 años).

En estos dos últimos espacios referenciados – la escuela/facultad y lo automovilístico- podemos observar la división sexual del espacio propia del sistema patriarcal; donde las mujeres están asociadas a lugares más institucionalizados, controlados, y los varones vinculados a la técnica y a la autonomía.

El boliche, la opción privilegiada para la recreación nocturna

Los jóvenes revalorizan la vida recreativa nocturna como espacio de socialización y de experiencia. La ciudad es de los jóvenes mientras los adultos duermen, el elemento tiempo se utiliza para conquistar el espacio. Se genera así una ilusión de independencia, de privacidad lejos de la luz del día y de las miradas de los adultos.

La noche para cumplir su promesa de libertad debe alejarse del tiempo de los adultos, de los poderes hegemónicos que reinan en el día, es el tiempo propicio para la fiesta. Así, la noche

comienza cada vez más tarde, logrando un mayor distanciamiento con el tiempo reglamentado de los adultos. La definición de un “nosotros” –jóvenes- define a su vez un “otros” –adultos- lográndose así una mayor cohesión en el grupo de pertenencia. En la significación temporal de la ciudad, la oposición día – noche se ha constituido, en mayor medida que en épocas anteriores, en frontera entre generaciones (Margulis, 1997).

Sin embargo, la cultura nocturna no deja de estar regulada por las formas de legitimación y dominación presentes durante el día, siguen predominando las lógicas de distinción, exclusión y jerarquías donde el mercado sigue definiendo los espacios recreativos que los jóvenes se apropian (Margulis, 1997; Laespada y Gómez, 2001).

De este modo, el ambiente del boliche connota sensaciones muy diferentes que las que observamos respecto de los espacios al aire libre. Se trata de espacios cerrados y muchas veces con demasiada gente que invade los espacios personales, lo cual es más percibido por las mujeres, coherentemente con las lógicas patriarcales de temor, delicadeza en relación con la violencia, propios de cuerpos más vulnerables o débiles:

“En los boliches hay mucha gente... ponele cuando te tocan... me vuelve loca eso, me desespera y también me pone mal” (María José, 19 años).

En los discursos de las jóvenes entrevistadas existe una percepción de acoso en los boliches que, del mismo modo en que se observó en otro trabajo sobre jóvenes argentinos, esta situación es reconocida por un cuarto de los jóvenes de la muestra (Mendes Diz et al., 2009).

La lógica patriarcal posiciona a los varones en el lugar de la conquista y la iniciativa sexual y a las mujeres en el del peligro y la vulnerabilidad. En las lógicas de acoso en los boliches se reproduce este patrón normativo genérico. La matriz heteronormativa indica que es el varón el sujeto por excelencia pasible de sentir deseo y placer sexual y la mujer quien se lo provee y en el juego de seducción la mujer se muestra disponible para que el varón avance.

En este sentido, son las mujeres quienes más mencionan la preferencia por bailar en el boliche, esto está vinculado con la exhibición y el uso del cuerpo en los procesos sexuales de comunicación.

“Me gusta ver a la gente cuando baila, el movimiento del cuerpo. No sólo por el físico que tenga sino por los movimientos...” (Vanina, 20 años).

La mayor exhibición del cuerpo en el espacio nocturno del boliche también tiene connotaciones sexuales en la percepción de nuestros entrevistados.

Asimismo, el ambiente del boliche de la mano de la nocturnidad habilita prácticas que los mismos jóvenes consideran de no cuidado de la salud e incluyen esta variable en su reflexión al respecto:

“Pienso que la ingesta de alcohol que hacemos los fines de semana puede hacer mal. Cuando lo hacemos en demasía, en una joda grande en los boliches nos pasamos tomando.” (Pablo, 20 años)

“En los boliches se fuma mucho. Estar en un ambiente tan encerrado, yo que no fumo me hace mal” (Vanina, 20 años)

En relación con la reiteración normativa, es solidario con lo anterior el hecho de que la sujeción a la moda es una de las motivaciones importantes a la hora de optar por un boliche, así como los días de concurrencia al mismo, que son principalmente viernes y sábado a la noche:

“Acá en general vamos donde va todo el mundo. Si abre un boliche nuevo vamos todos a ese boliche, por ahí abre otro, se pone de moda y vamos todos a ese. En ese sentido es que vamos donde va la masa. Yo voy a Don Ramón... Eso durante el año, ya en verano cambia porque como es temporada abren otros boliches diferentes: lo que es Macuba y los boliches de Costanera y por lo general siempre andamos en esos boliches más el carnaval, cuando salimos...” (Omar, 23 años).

No solamente los jóvenes tienen rutinizada su elección del boliche al cual concurrir sino que también esto se da en la práctica de una etapa previa. En este sentido, es frecuente que los jóvenes aludan a la poca cantidad de boliches como factor de aburrimiento y de sujeción respecto de la elección.

Se observa, sin embargo, cierta capacidad de agencia en la apropiación del espacio cuando relatan algunas particularidades de los boliches a los que concurren. Algunos prefieren los boliches más conocidos:

“Pasa que es un lugar más familiar porque estamos yendo desde que arrancó en marzo y ya nos conoce el dueño, como que es un lugar donde entrábamos cuando queríamos, a la hora que queríamos, era como nuestro lugar” (Omar, 23 años).

Otros hablan de su preferencia por los boliches donde tocan bandas:

“Lo que te ofrecía este boliche, que también está bueno, era todos los fines de semana bandas de música, después está el show del Angel que es un transformista, o traen artistas de Buenos Aires. Todos los fines de semana hay algo distinto” (Saúl, 21 años).

En estas consideraciones prima la lógica del costo – beneficio, propia de un consumidor dentro de las pautas de mercado, lógica especulativa, tanto en lo referido a la interacción con los dueños del boliche como en relación con las implicancias simbólicas dentro de las jerarquías sociales.

En este sentido también puede observarse que los motivos de preferencia de los boliches están vinculados con la adscripción a diferentes grupos de sociabilidad.

“El que van los de la villa se llama “Explosión”. Pasan cumbia, quarteto, todo eso... Acá está más dividido. Tenés los boliches donde van todo tipo de gente, otros donde van los de las villas, y otro que es más para floguer.” (Juan, 18 años).

“Ponele hoy abren y dicen: queremos tal tipo de gente y el resto no puede entrar. Ellos buscan un target o determinado tipo de vestimenta, entonces dicen: hasta acá pasan, después no. Por la forma de hablar y la forma de caminar también, todo se fijan”. (Leandro, 22 años).

El criterio de selección de estos espacios es identificador en relación con el grupo de pares. Asimismo, la forma de relacionarse con el consumo de estos lugares muchas veces es individualizada y autónoma.

“Igual salgo solo y recorro boliches y siempre encuentro a alguien. Pero no es que me quedo con esa persona toda la noche. Voy de acá para allá. No tengo lugares fijos donde ir. Lugares fijos son los viernes: las peñas y los talleres, pero boliches fijos acá en la ciudad no”. (Francisco, 22 años).

Este tipo de comportamientos denota el criterio de inteligibilidad de la experiencia en la superficie, velocidad y cambio, propios de la Modernidad Tardía. El cuerpo individualizado en tanto expresión más acabada de estos preceptos, permite desarrollar este movimiento con mayor facilidad, dada la fuerza de evidencia de la visibilidad de la individualidad de cada cuerpo separadamente de los demás.

Reflexiones finales

El cuerpo y sus actos se entienden según los códigos de significación dominantes. Los procesos de disciplinamiento y control del cuerpo son estrategias privilegiadas para incorporar normas. Así, las luchas hegemónicas, entre otros ámbitos, también tienen por escenario al cuerpo (Foucault, 1977/2002). De este modo, el cuerpo cumple un rol fundamental en los procesos de individuación de la modernidad en Occidente, permitió la ficción de que los sujetos son relativamente libres en sus elecciones e independientes unos de otros, la separación física de nuestra existencia en unidades distinguibles y diferenciables fue interpretada como distancia ontológica y también social. Esta potestad aparente sobre el cuerpo, genera una imagen de responsabilidad individual sobre los estados de esa máquina corporal, considerando que los estilos de vida y las elecciones que los acompañan no tienen elementos de condicionamiento social. Del mismo modo, la dimensión sensible y física de la existencia humana tiende a olvidarse a medida que se extiende la técnica (Le Breton, 1995).

A su vez, estos cuerpos tienen lugar en escenarios espacio-temporales. Los jóvenes definen sus identidades a partir de referencias territoriales. No sólo se definen por lealtades locales, sino también por la participación en comunidades transnacionalizadas o desterritorializadas de consumidores, comunidades donde el valor simbólico de los objetos actúa como código compartido y como referente principal de identidad y diferenciación, sin que ello implique la desaparición de los referentes locales, sino que la construcción de identidades y diferencias se produce a partir de la apropiación de nuevos espacios multiterritoriales de sociabilidad, así como de la promoción de imaginarios globales. De este modo, la espacialidad responde, entre otras cosas, a la necesidad de sociabilidad (Bermudez, 2008).

Los jóvenes mayoritariamente sienten que los espacios naturales al aire libre, les despiertan sentimientos de libertad y de familiaridad, por haber sido transitados por ellos y por sus amigos/as desde la infancia.

El hecho de que las mujeres elijan con mayor frecuencia que los varones la casa en primer lugar, pero también la escuela y la facultad como espacios preferidos da cuenta de una reproducción de la normativa de género donde las mujeres están en buena medida más integradas a instituciones como la familiar y la educativa. Los varones en cambio suelen

aparecer más “desintegrados” de estas instituciones, referenciados en mayor medida con espacios que permiten mayor autonomía.

Para comprender las diferencias que hemos observado aquí entre varones y mujeres, entendemos que el sexo no es una descripción estática de lo que esa persona es o algo que una persona tiene: el sexo es una de las normas mediante las cuales esa entidad – persona puede llegar a ser viable, una norma que califica un cuerpo dentro de la esfera de la inteligibilidad cultural. Esta construcción no sólo se realiza en el tiempo, sino que es en sí misma un proceso temporal que opera a través de la reiteración de normas, y en esta reiteración genera la posibilidad de quiebre y de novedad histórica.

Bibliografía

Arfuch, L. (2002) *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Astelarra, J. (2003) *¿Libres e iguales? Sociedad y política desde el Feminismo*. Santiago de Chile: Ed. CEM

Bajtin, M. (1974/1987) La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais. Alianza: Madrid.

Bermudez, E. (2008) Roqueros y roqueras, pavitos y pavitas, skaters, lesbianas y gays. El papel del consumo cultural en la construcción de representaciones de identidades juveniles. (El caso de algunos grupos de jóvenes que van a los malls en Maracaibo, Venezuela). En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*. Vol. 6, N°2. Manizales.

Bourdieu, P. (1991) *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Butler, J. (2002) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.

Chodorow, N. (1978) *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.

Citro, S. (2009) *Cuerpos significantes. Travesías de una etnografía dialéctica*. Buenos Aires: Biblos.

Feixa, C. (1998) *De jóvenes, bandas y tribus. Antropología de la juventud*. Barcelona: Ariel.

Fernández, A. M. (1993) *La mujer de la ilusión. Pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Ed. Paidós.

Foucault, M. (1977/2002) *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hopenhayn, M. (2004) *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*. Buenos Aires: CEPAL

Izquierdo, M. J. (2004) “El cuidado de los individuos y de los grupos: ¿quién cuida a quién? Organización social y género” En: *Maternidades ¿Quién cuida a quién? Cuentos sobre madres diferentes*. Revista Debate Feminista. Año 15. Vol. 30. Octubre 2004.

Kornblit, A., Mendes Diz, A., Adaszko, D. (2006) *Salud y Enfermedad desde la perspectiva de los jóvenes. Un Estudio de jóvenes escolarizados en el nivel medio de todo el país*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales. UBA.

Laespada, M. T. y Pallarés Gómez, J. (2001) “Informe sobre Juventudes”. En *Revista de Estudios de Juventud*. Instituto de la Juventud. Septiembre 2001. España.

Le Breton, D. (1995). *Antropología del cuerpo y Modernidad*. Buenos Aires. Nueva Visión.

Margulis, M. *et al.* (1997) *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.

Martuccelli, D. (2007) *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires: Losada.

Mendes Diz A., Di Leo P., Schwarz P., Adaszko D., Camarotti A., (2009). *Usos del tiempo, violencias, consumo de drogas y sexualidad de jóvenes en espacios recreativos nocturnos en tres ciudades argentinas*. Documento de trabajo N° 55 Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA

Murillo, S. (1997) *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid: Siglo XXI Ed.

Plummer, K. (2000) “La cuadratura de la ciudadanía íntima. Algunas propuestas preliminares” En: *Sociología de la sexualidad*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) – Siglo XXI

Simmel, G. (1917/2002) *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa.

Tubert, S. (2007) “Maternidad”. En: *Diccionario de estudios de Género y Feminismos*. Buenos Aires: Biblos.

Wainerman, C. (2005) *La vida cotidiana en las nuevas familias. Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumiere.

Schwarz, P. (2010) *Maternidades e identidades de género. Prácticas y percepciones de mujeres de sectores socioeconómicos medios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.* Tesis de doctorado. Mimeo.

Schwarz, P. y Mendes Diz A. (2010) *Las normativas de género y los usos y sentidos del tiempo en jóvenes de tres ciudades argentinas.* En: *Fazendo Genero 9.* Universidad de Santa Catarina. Florianópolis.